

y actúan en el Consejo en virtud de estas razones nacionales; la Comisión, nombrada por el Parlamento europeo, es sólo responsable ante él, y, por lo tanto, puede más libremente tomar los acuerdos que beneficien a la Comunidad. La discusión se ha centrado en la presencia de Mansholt —de la Comisión— en la reunión del Consejo, celebrada en Luxemburgo, para preparar una conferencia de Jefes de Estado o de Gobierno, que debe celebrarse en París en octubre, de la que debe salir precisamente el estudio de las Instituciones definitivas y la creación de un Secretariado Político permanente; Pompidou está irritado precisamente porque desea que ese Secretariado se establezca en París, mientras la mayoría quisiera verlo en Bruselas, y comienza a hablar con desdén de la convocatoria de la reunión de los Diez en octubre. Todo esto se viene a llamar «crisis», lo cual es una exageración irrelevante. Es una consecuencia de lo que estamos llamando reglas del juego. Si se acepta la idea de que la democracia es un proceso abierto y sin terminar, se comprenderá fácilmente que estas llamadas «crisis» han de ser prácticamente permanentes. Se discuten las normas, los términos y las formas.

DE estas tres instituciones —el Consejo, formado por los ministros, la Comisión y el Parlamento—, la más interesante y la que puede producir más juego en el futuro es la del Parlamento. El Parlamento europeo, se dice ahora, debe tener verdaderos poderes que ahora no tiene. Tal como funciona ahora la Comunidad, el Consejo se escapa al Parlamento, que está relacionado principalmente con la Comunidad, en razón de que las previsiones originales designaban a ésta como el verdadero Gobierno de Europa. Actualmente, la Comisión puede formular, preparar y proponer proyectos de ley comunes, y el Parlamento es capaz de discutir esas leyes, y aun de votar una moción de censura a la Comisión. Pero, finalmente, no son ni el Parlamento ni la Comisión quienes tienen un poder de decisión, sino el Consejo de Ministros. El centro de la discusión «en la cumbre» que debe celebrarse en octubre en París —y que sin duda se celebrará, pese al desdén de Pompidou—, está en la forma de reforzar el Parlamento. Los británicos —principalmente— aportan a esta discusión su propia noción de Parlamento: una institución con una oposición en su seno, capaz de enmendar las resoluciones, capaz de proponer soluciones de recambio y, sobre todo, capaz de recoger la mayoría democrática europea acerca de un programa a realizar. Digamos que en el juego democrático esta es una función esencial. Los diversos grupos o partidos representados en el Parlamento habrán de proponer sus programas; estos programas habrán de ser presentados al sufragio universal de los europeos.

PERO es preciso para ello que el Parlamento europeo esté formado por partidos, y en un principio así es. Los representantes de los distintos partidos políticos en el seno del Parlamento se agrupan en función precisamente de esos partidos, y no de sus nacionalidades. Puede decirse que por el momento más que de partidos europeos organizados o bien agrupados, se trata principalmente de tendencias: hay una fuerte tendencia socialista, considerada como la izquierda; un centro, vagamente democrata-cristiano, y una derecha de carácter liberal. No está excluido que un día haya un partido comunista en el Parlamento europeo. Por el momento, como se sabe, son los propios comunistas los que se retraen; son antieuropeístas por la razón histórica de que la Comunidad Económica Europea fue creada en tiempos como un arma de guerra fría para la contención de la URSS y del comunismo, y por la razón actual de que consideran esta Europa como la de los grandes capitales, y no como la de las clases obreras, pero nada indica que en la nueva morfología coexista y por la deriva propia del comunismo europeo no vayan un día a cambiar de opción y presentarse en el Parlamento europeo para defender la Europa que correspondía a su programa político.

EL principio de esta agrupación por partidos dentro del Parlamento europeo es enormemente interesante, porque puede comenzar a crear en los diputados una conciencia supranacional y comienzan a crearse unas categorías europeas. Pero, por el momento, dada la escasa capacidad del Parlamento y el hecho de que no se elija aún por sufragio universal, no permite este desarrollo: para ser eficaces dentro del Parlamento europeo, los partidos políticos deben ejercer su acción dentro del cuadro nacional.

NATURALMENTE, de estas discusiones que están ahora en proceso abierto —en discusión, en «crisis»— al establecimiento definitivo del mecanismo de las Instituciones hay un gran abismo. Por el momento, y a pesar de la transitoria victoria de Mansholt en Luxemburgo, es difícil que el Consejo de Ministros abdique de sus privilegios y los ceda a la Comisión. La idea de que la Comisión llegue a convertirse en un verdadero Gobierno supranacional es muy lejana, quizá sea idealista. Pero, en cambio, existe la posibilidad de que se obligue cada vez más al Consejo a comparecer ante el Parlamento, que el Parlamento tenga derechos de ratificación de los grandes acuerdos generales o de los acuerdos con países fuera de la Comunidad, que pueda devolver algunos acuerdos al Consejo para un segundo examen, que someta a la opinión pública, mediante la discusión abierta, todos los proyectos.

ESTAS son algunas de las ideas que están en el aire. Muchas de ellas tardarán en abrirse paso. Pero la idea general del control democrático de la Comunidad, del establecimiento seguro de algunas reglas de juego, parecen inevitables.



Sin necesidad de emplear bombas atómicas, ni siquiera de bombardear directamente los diques, la Aviación norteamericana puede inundar la llanura de Tonkin y causar la muerte de quince millones de vietnamitas...

VIETNAM DEL NORTE

UNA DRAMÁTICA AMENAZA

No sería preciso el empleo de armas nucleares para conseguir la destrucción de una buena parte de Vietnam del Norte. Nixon no necesitaría dar la orden de un bombardeo atómico. Bastaría con destruir los diques del río Rojo para anegar la llanura de Tonkin, la zona de máxima concentración de población (ochocientos habitantes por kilómetro cuadrado).

Esta es la tesis de Yves Lacoste, profesor de Geografía en Vincennes (Universidad de París), que ha expuesto en «Le Monde» (7 de junio). La llanura de Tonkin está rodeada de grandes montañas que recogen las lluvias muy abundantes del monzón. Los ríos transportan cantidades ingentes de aluviones, de tal manera que éstos al depositarse alcanzan el cauce de los ríos. Así, el río Rojo corre sobre un lecho de aluviones elevado sobre el nivel de la planicie. Desde la Edad Media los campesinos vietnamitas han impedido los desbordamientos durante las crecidas mediante una complicada red de diques: unos corren paralelos a los ríos, otros perpendiculares a

éstos atraviesan la llanura, los costeros retienen las aguas marinas. Este complejo de diques alcanza más de 4.000 kilómetros y gracias a él viven quince millones de personas.

Pues bien, varias brechas en este sistema, y no necesariamente en los diques del río Rojo, abiertas simultáneamente durante las grandes crecidas podrían provocar una catástrofe, superior en víctimas a la que pudieran conseguir varias bombas atómicas arrojadas sobre la llanura de Tonkin. Los bombarderos no tienen por qué tocar directamente los diques; es suficiente con que afecten a los aluviones que sirven de lecho al río. Las excavaciones provocadas por las bombas conseguirían el desvío de todo el caudal fluvial sobre la llanura y no sólo de una parte de las aguas. Esta táctica exime al Presidente norteamericano de la acusación que pudiera hacerse de ordenar el bombardeo directo de los diques. Quince millones de vietnamitas pueden ser destruidos y Norteamérica reservarse sus bombas atómicas.